

RAFAEL ROJAS

LAS REPÚBLICAS DE AIRE

UTOPIA Y DESENCANTO EN LA
REVOLUCIÓN DE HISPANOAMÉRICA

taurus historia



D.R. © Rafael Rojas, 2009

D.R. © Santillana Ediciones Generales, S. A. de C. V., 2009

Av. Universidad 767, Col. del Valle

México, 03100, D. F.

Teléfono (0155) 5420 7530

www.editorialtaurus.com.mx

Primera edición: noviembre de 2009

ISBN: 978-607-11-0366-6

D.R. © Diseño de portada: Fernando Ruiz Zaragoza

Impreso en México

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

AGRADECIMIENTOS

La investigación que sustenta este libro no hubiera sido posible sin el respaldo de mi institución en la ciudad de México, el Centro de Investigación y Docencia Económicas (CIDE).

A sus directores Carlos Elizondo Mayer Serra y Enrique Cabrero, a sus coordinadores académicos Blanca Heredia, Alejandro Villagómez y David Arellano, todo mi agradecimiento.

Gracias a dos sabáticos concedidos por el CIDE, en los primeros semestres de 2007 y de 2009, tuve oportunidad de concentrarme en la investigación y de consultar fuentes en México y Estados Unidos.

A mis colegas y amigos de la División de Historia y a sus directores Jean Meyer, Luis Medina y Clara García, que me apoyaron durante el proceso de investigación y debatieron algunos de los capítulos en nuestro seminario interno, mi gratitud.

Los profesores Carlos J. Alonso y Anke Birkenmaier de la Universidad de Columbia, y Arcadio Díaz Quiñones y Jeremy Adelman de la Universidad de Princeton, facilitaron mi estancia en Nueva York en 2007.

Los profesores Nicolás Shumway, César Salgado y Jossianna Arroyo garantizaron la estadía de un semestre en la Universidad de Texas en Austin, como Profesor Tinker. A todos ellos, a Jonathan Brown y a Paola Bueché, del Teresa Lozano Long Institute of Latin American Studies (LLILAS), y a Margo Gutiérrez, de la Nettie Lee Benson Library, gracias.

Finalmente, debo agradecer, también, a quienes están más cerca: a mi familia en la ciudad de México, a Ailyn y los niños,

por su paciencia y su compañía; a Pablo, en Barcelona, por su cariño, y a Lichi y Ceci, por su amistad.

Ciudad de México, 12 de octubre de 2009.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN.....	9
Revolución y república.....	11
Traducción y exilio.....	17
Utopía y desencanto.....	22
1. LAS FRONTERAS DE UTOPIA.....	25
Antes de la nación.....	34
La americanidad bolivariana.....	47
México como frontera.....	58
2. DE REINO A REPÚBLICA.....	73
Dos proyectos autonómicos tardíos.....	79
La traducción republicana.....	93
3. TRADUCTORES DE LA LIBERTAD.....	105
La homologación política.....	110
Libros y barcos.....	118
Republicanos en Filadelfia.....	126
4. JOSÉ MARÍA HEREDIA Y LA TRADICIÓN REPUBLICANA.....	141
Conservar... qué.....	145
Legalidad y patriotismo.....	156
Un legislador romántico.....	169

5. ANDRÉS BELLO Y LA AMÉRICA CREPUSCULAR.....	185
Pasión y orden.....	190
Tiempo y consolación.....	202
La civilización de los padres.....	215
6. ENTRE LAS DOS AMÉRICAS.....	229
El código de Washington.....	233
La malicia criolla.....	244
Reflujos de la Ilustración.....	260
7. LOS ÚLTIMOS ROMANOS.....	277
The Queen of Islands.....	284
The King of Rivers.....	299
8. EL DESENCANTO DE LOS HÉROES.....	317
Nación de veletas.....	322
La melancolía del caudillo.....	334
Con Bolívar y contra Bolívar.....	350
BIBLIOGRAFÍA.....	361
ÍNDICE ONOMÁSTICO.....	387
ACTA DEL JURADO.....	421

INTRODUCCIÓN

Éste es un libro sobre los dilemas intelectuales de los primeros republicanos de Hispanoamérica. Se entiende, aquí, por primera generación republicana aquella que encabezó la guerra de independencia contra España, que defendió la autonomía de los reinos de Ultramar en las Cortes de Cádiz y que intervino en la edificación constitucional y política de los nuevos Estados, entre 1810 y 1830. El predominio de aquel republicanismo como corriente intelectual y política se mantuvo hasta 1848, cuando se producen cambios importantes dentro de los nuevos países y en sus relaciones con Estados Unidos y Europa. Pero el auge de ese primer republicanismo puede enmarcarse entre la segunda y la tercera décadas del siglo XIX.

Muchos próceres de las independencias hispanoamericanas (Francisco Miranda, José de San Martín, José Artigas, Bernardo O' Higgins, Miguel Hidalgo, José María Morelos...) tuvieron escasa o nula participación en la hechura de las nuevas repúblicas, ya fuera porque en la década de 1820-1830 habían muerto o porque estaban exiliados o marginados de la actividad pública por los nuevos caudillos. Sin embargo, un buen número de republicanos participó en los movimientos separatistas o en los intentos reformistas del liberalismo gaditano y, tras la emancipación, se involucró en el diseño constitucional y se incorporó a los gobiernos nacionales o locales de Hispanoamérica.

Los caraqueños Simón Bolívar (1783-1830) y Andrés Bello (1781-1865), los mexicanos fray Servando Teresa de Mier (1763-1827) y Lorenzo de Zavala (1788-1836), los cubanos Félix Varela

(1788-1853) y José María Heredia (1803-1839), el peruano Manuel Lorenzo de Vidaurre (1773-1841) y el guayaquileño Vicente Rocafuerte (1783-1847) son sólo ocho ejemplos de las decenas de letrados y estadistas de Hispanoamérica que intervinieron de manera protagónica en aquella “fase” histórica del “diseño constitucional”, como la llamó Juan Marichal, para distinguirla de la siguiente, la del “liberalismo romántico” (1830-1868).¹

En este libro se abordan muchas situaciones y figuras previas o posteriores al momento republicano, como Manuel de la Bárcena y Benito Juárez, Benjamín Vicuña Mackenna y Pedro Santacilia, el autonomismo gaditano o el expansionismo estadounidense. También se estudian las amistades políticas de algunos de aquellos republicanos con contemporáneos suyos en Estados Unidos, como Joel Roberts Poinsett, primer representante diplomático de Washington en México y figura central del monroísmo, o Jane McManus Storm Cazneau (Cora Montgomery), tal vez el principal contacto de los últimos republicanos dentro del cabildeo expansionista sureño y promotora de la doctrina del Destino Manifiesto entre los exiliados hispanoamericanos de Nueva York y Nueva Orleans, a mediados del siglo XIX.

Son varias las aristas del primer republicanismo hispanoamericano que se tocan aquí: el discurso sobre la comunidad antes de los nacionalismos, las colonias migratorias diseñadas por los políticos federalistas, la escritura y la enseñanza de la historia, los nexos entre literatura y política, las narrativas fronterizas de hispanoamericanos sobre Estados Unidos y de estadounidenses sobre Hispanoamérica, el rol comunicador de ciudades portuarias como Filadelfia y Nueva Orleans, los reflujos de la Ilustración, el cesarismo constitucional y la melancolía de los caudillos. Esa multiplicidad de tópicos atraviesa tres ejes de tensión o dilemas intelectuales que podrían resumirse de la siguiente manera: revolución y república, exilio y traducción, utopía y desencanto.

¹Juan Marichal, *Cuatro fases de la historia intelectual latinoamericana*, Madrid, Cátedra, 1978, pp. 28-29.

Otros historiadores se han interesado en las biografías y las ideas del primer republicanismo hispanoamericano (Jaime E. Rodríguez O., José Antonio Aguilar, Alfredo Ávila Rueda, Christopher Domínguez Michael, Carolina Guerrero, Víctor Peralta Ruiz, José Antonio Piqueras...).² En este libro se propone una aproximación de conjunto a los fundadores de las primeras repúblicas hispanoamericanas desde la perspectiva de la historia intelectual. Interesan aquí no sólo la vida y las ideas de aquellos letrados y estadistas o las constituciones y gobiernos que ellos diseñaron, sino también sus lecturas y escrituras, sus redes afectivas y políticas, sus entusiasmos y desalientos ante la inmensa obra de descolonización emprendida en 1810.

REVOLUCIÓN Y REPÚBLICA

Las revoluciones de independencia en Hispanoamérica fueron, al mismo tiempo, un conflicto militar, un proceso de cambio político y una rebelión popular.³ Como toda revolución o toda guerra, quienes se involucraron en aquella experiencia lo hicieron por razones diversas y contradictorias. No pocos se levantaron en armas porque querían alcanzar un autogobierno criollo sobre los reinos y provincias del imperio borbónico. Muchos lo hicie-

² Jaime E. Rodríguez O., *El nacimiento de Hispanoamérica. Vicente Rocafuerte y el hispanoamericanismo, 1808-1832*, Quito, Universidad Andina Simón Bolívar, 2007; José Antonio Aguilar, *En pos de la quimera. Reflexiones sobre el experimento constitucional atlántico*, México, CIDE/ FCE, 2000; José Antonio Aguilar y Rafael Rojas, comps., *El republicanismo en Hispanoamérica. Ensayos de historia intelectual y política*, México, CIDE/FCE, 2002; Alfredo Ávila Rueda, *Para la libertad. Los republicanos en tiempos del imperio (1821-1823)*, México, UNAM/Instituto de Investigaciones Históricas, 2004; Christopher Domínguez Michael, *Vida de fray Servando*, México, ERA/Conaculta/INAH, 2004; Carolina Guerrero, *Liberalismo y republicanismo en Bolívar (1819-1830). Usos de Constant por el Padre Fundador*, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 2005; Víctor Peralta Ruiz, "Ilustración y lenguaje político en la crisis del mundo hispánico", *Nuevo Mundo. Mundos Nuevos*, núm. 7, febrero de 2007; José Antonio Piqueras, *Félix Varela y la prosperidad de la patria criolla*, Madrid, Fundación Mapfre/Ediciones Doce Calles, 2007.

³ Tulio Halperin Donghi, *Revolución y guerra. Formación de una élite dirigente en la Argentina criolla*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972, pp. 123-167.

ron porque, más que a Madrid, rechazaban la hegemonía de las ciudades capitales sobre su región. No faltaron quienes se levantaron en armas para proteger un modo de vida tradicional o para ascender socialmente a través de la guerra y la política.

En los últimos años, varios autores (John Tutino, Florencia Mallon, Eric Van Young...), provenientes de la historia social marxista o de los estudios poscoloniales y subalternos, han advertido sobre la necesidad de estudiar las ideologías como parte constitutiva de las prácticas políticas populares.⁴ La guerra de independencia, de acuerdo con estos estudios, no fue un movimiento político o ideológicamente homogéneo y organizado, sino un conjunto de rebeliones, no siempre capitalizadas por las élites criollas, que estallaron en el momento de la fractura del imperio borbónico. Durante los años de la insurrección, entre 1810 y 1824, esas élites intentaron conducir aquellas rebeliones bajo formas constitucionalmente laxas, en muchos casos federales y confederales, de organización de los territorios emancipados.

Tras la entrevista de Guayaquil entre San Martín y Bolívar, en 1822, cuando los venezolanos y neogranadinos desplazan a los rioplatenses y chilenos en la consumación de la independencia andina, y, sobre todo, tras las batallas de Ayacucho y Junín en 1824, comienza un reajuste de aquellas constituciones de guerra, impelido por la defensa bolivariana de repúblicas centralizadas y presidencialistas que aspirarían a una confederación regional en el Congreso de Panamá, convocado en diciembre de 1824. Ése es el momento en que las nuevas élites letradas y políticas de Hispanoamérica aceleran el proceso de representación e imaginación de sus comunidades con el fin de transformarlas en las “ciudadanías virtuosas” de las nacientes repúblicas.⁵

⁴John Tutino, *From Insurrection to Revolution in Mexico. Social Bases of Agrarian Violence, 1750-1940*, Princeton, Princeton University Press, 1986; Florencia E. Mallon, *Peasant and Nation. The Making of Postcolonial Mexico and Peru*, Berkeley, University of California Press, 1995; Eric Van Young, *The Other Rebellion. Popular Violence, Ideology, and the Mexican Struggle for Independence, 1810-1821*, Stanford, Stanford University Press, 2001.

⁵Benedict Anderson, *Imagined Communities*, Londres y Nueva York, Verso, 1983; Fernando Escalante, *Ciudadanos imaginarios*, México, El Colegio de México, 1992.

El primer gesto de ese proceso simbólico es la constatación de una heterogeneidad étnica, regional, económica y cultural, producida por el orden estamental y corporativo del antiguo régimen y acentuada por la guerra, que esas élites diagnostican, en la mayoría de los casos, como obstáculos para la construcción republicana. Buena parte de los diseños constitucionales, codificaciones jurídicas, políticas fiscales, proyectos educativos, estrategias de escritura histórica, panteones heroicos, ceremoniales cívicos, manuales de instrucción moral y alianzas diplomáticas, impulsados por aquellas élites, contenían discursos y prácticas de homogeneización republicana de la diversidad.

A la heterogeneidad social se sumó, desde los primeros años poscoloniales, una rápida diversificación del campo político y la esfera pública, provocada por las tensiones legislativas, la rivalidad entre caudillos, la formación de nuevas élites locales, la irradiación de logias masónicas y sociedades secretas, y los primeros brotes de guerra civil. Las diversas modalidades de control de la vida pública que se intentaron en las dos primeras décadas independientes, por la ausencia de una plataforma simbólica propiamente nacional, gravitaron hacia la consolidación de soberanías regionales o hacia la creación de un marco constitucional favorable a la proyectada confederación hispanoamericana.

En esas dos dimensiones, la de la homogeneización cívica de las nuevas comunidades y la de la constitución de repúblicas confederables, es posible detectar las diferencias entre el primer republicanismo hispanoamericano y los liberalismos y conservadurismos románticos que se articularán en la región a mediados del siglo XIX.⁶ En síntesis, podría afirmarse que el republicanismo originario no propuso enfrentar esa heterogeneidad por

⁶ Sobre las diferencias entre republicanismo, liberalismo y conservadurismo en el pensamiento político y en la historia latinoamericana, existe nutrida bibliografía. Menciono sólo algunos títulos: Natalio R. Botana, *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*, Buenos Aires, Sudamericana, 1984; Paul Anthony Rahe, *Republics Ancient and Modern. Classical Republicanism and the American Revolution*, Chapel Hill, The University of North Carolina, 1992; Alicia Hernández Chávez, *La tradición*

medio de estrategias anticorporativas, contra el clero, el ejército o los cabildos, a la manera liberal, ni por medio de una reconfiguración estamental de las sociedades, a partir de esos mismos cuerpos del antiguo régimen, como intentaron algunos gobiernos conservadores.⁷

Tanto en sus dilemas intelectuales y constitucionales, como en sus escrituras y sus políticas, los primeros republicanos fueron referentes de los liberales y los conservadores románticos. Estos últimos, creadores de las historias nacionales hispanoamericanas, los ubicaron dentro sus respectivas genealogías ideológicas. Sin embargo, el cotejo de esas genealogías con los textos del primer republicanismo nos persuade de las diferencias entre unos y otros. La distinción entre los diversos legados intelectuales hispanoamericanos del siglo XIX, borrada, en buena medida, por los nacionalismos y los socialismos del siglo XX, debe ser restituida para avanzar en una comprensión plural de la construcción de los Estados.

Además de las liberales y conservadoras, otras genealogías procesaron aquel republicanismo de manera teleológica. Aquellos letrados y estadistas (Bolívar, Bello, Rocafuerte, Vidaurre, Mier, Zavala, Varela y Heredia) fueron americanistas. La idea de

republicana del buen gobierno, México, FCE, 1993; Biancamaria Fontana, comp., *The Invention of the Modern Republic*, Cambridge, Cambridge University Press, 1994, pp. 206-225; Jürgen Heideking y James Henretta, comps., *Republicanism and Liberalism in America and Germany, 1750-1850*, Cambridge, Cambridge University Press, 2002, pp. 187-208; Maurizio Viroli, *Republicanism*, Nueva York, Hill and Wang, 2002; John W. Maynor, *Republicanism in Modern World*, Cambridge, Polity Press, 2003, pp. 20-60; Vincent C. Peloso y Barbara A. Tenenbaum, comps., *Liberals, Politics, and Power State Formation in Nineteenth Century Latin America*, Athens, University of Georgia Press, 1996, pp. 1-29 y 59-89; Marcello Carmagnani, *Constitucionalismo y orden liberal: América Latina, 1850-1920*, Turín, Otto Editore, 2000; Jaime E. Rodríguez O., *The Divine Charter. Constitutionalism and Liberalism in Nineteenth Century Mexico*, Lanham, Bowman and Litelfield Publishers, 2005, pp. 35-64.

⁷Dos casos emblemáticos de liberalismo y conservadurismo en la Hispanoamérica de mediados del siglo XIX serían el mexicano José María Luis Mora y el ecuatoriano Gabriel García Moreno. Véase Charles Hale, *El liberalismo mexicano en la época de José María Luis Mora (1821-1853)*, México, Siglo XXI, 1972; Peter V.N. Henderson, *Gabriel García Moreno and Conservative State Formation in the Andes*, Austin, University of Texas Press, 2008.

la región que los ocho compartían no estaba asociada a nociones de identidad cultural, religiosa o étnica, como las que difundirían los romanticismos y positivismos en la segunda mitad del siglo. De ahí que lo americano, para ellos, no estuviera adjetivado por lo “latino” o lo “hispano”, conceptos portadores de formas de representación simbólica que establecen límites o fronteras demasiado rígidos con el otro gran territorio del Nuevo Mundo: la América del Norte. Esa americanidad sin adjetivos ha sido reclamada por las más diversas ideologías continentales desde fines del siglo XIX.⁸

Tanto el hispanoamericanismo como el panamericanismo, el latinoamericanismo como el antiimperialismo han localizado el imaginario americano de los primeros republicanos en el origen de sus tradiciones. Bolívar, por ejemplo, ha sido presentado como el padre del nacionalismo continental que arranca en las últimas décadas del siglo XIX, se refuerza en la coyuntura del 98 y desemboca en las izquierdas revolucionarias y socialistas del siglo XX. Pero Bolívar aparece también como el fundador del panamericanismo de formato imperial que surge, ligado a la figura de James G. Blaine, el senador por Maine y secretario de Estado, bajo las presidencias de James Garfield, Chester Arthur y Benjamin Harrison, entre 1881 y 1891, e impulsor de la primera Conferencia Americana, contra la que se movilizó la pasión literaria y política de José Martí.⁹

En una historiografía tan intensamente ideológica como la cubana, por ejemplo, son perceptibles ambas versiones. Antes de

⁸Edmundo A. Heredia, *La guerra de los congresos: el panhispanismo contra el panamericanismo*, Córdoba, Junta Provincial de Historia, 2007.

⁹Joseph Byrne Lockey, *Orígenes del panamericanismo*, Caracas, Gobierno de Venezuela, 1976; Alejandro Tulea Chopitea, *La primera Conferencia Internacional Americana (1889-1890)*, México, IPGH, 1990; Edward P. Crapol, *James G. Blaine: Architect of Empire*, Washington, Scholarly Resources, 2000; David Healy, *James G. Blaine and Latin America*, Columbia, University of Missouri Press, 2001; José Carlos Ballón, *Martí y Blaine en la dialéctica de la Guerra del Pacífico*, México, CCYDEL/UNAM, 2003; Salvador E. Morales, *Primera conferencia panamericana. Raíces del modelo hegemónico de integración*, México, Centro de Investigación Jorge L. Tamayo, 1994; Carlos Marichal, coord., *México y las conferencias panamericanas. Antecedentes de la globalización*, México, SRE, 2002.

la Revolución de 1959, importantes historiadores liberales como Herminio Portell Vilá y Emeterio Santovenia, involucrados en el panamericanismo de los años treinta y cuarenta, presentaron a Bolívar como precursor de las estrategias interamericanas del *New Deal*.¹⁰ Después de la Revolución, más de un historiador cubano ha sostenido la tesis contraria: que Bolívar era el padre, en realidad, del “nuestroamericanismo” que se articula como reacción al relanzamiento de la hegemonía de Estados Unidos, tras la caída del dominio español en el Caribe, luego de la guerra de 1898. En esas versiones, que llegaron hasta la Academia de Ciencias de la URSS y que establecían una absoluta continuidad entre la Doctrina Monroe, el Destino Manifiesto y las intervenciones estadounidenses en México, Centroamérica y el Caribe, Bolívar es visto como precursor del antiimperialismo de las izquierdas marxistas del siglo XX.¹¹

“Las revoluciones y los gobiernos se suceden por nuestros países como el viento”, escribía Bernardo O’Higgins, exiliado en Lima, a su amigo y compañero de armas, José de San Martín, exiliado en París, el 5 de septiembre de 1831.¹² Cómo hacer frente a la inestabilidad poscolonial fue el gran dilema de aquellos republicanos y el punto de mayor divergencia entre ellos. El modelo boliviano, de república centralista con senado hereditario y presidente vitalicio, autorizado para nombrar sucesor, que Bolívar y Sucre promovieron a partir de 1826, fue rechazado por Vidaurre, Rocafuerte, Mier, Heredia y otros letrados y políticos hispanoamericanos de la misma generación. La oposición al proyecto bolivariano y la decepción que a partir de entonces

¹⁰ Herminio Portell Vilá, *Bolívar y el panamericanismo*, La Habana, Sociedad Colombista Panamericana, 1939, pp. 5-18. Ésa es la misma tesis de Daniel Guerra Íñiguez en *Bolívar, creador del panamericanismo actual*, Caracas, Imprenta Nacional, 1946.

¹¹ Francisco Pividal, *Bolívar: pensamiento precursor del antiimperialismo*, La Habana, Casa de las Américas, 1977, pp. 119-126; Anatoli Nikolaevich Glinkin, *El latinoamericanismo contra el panamericanismo desde Simón Bolívar hasta nuestros días*, Moscú, Editorial Progreso, 1984, pp. 13-22; Academia de Ciencias de la URSS, *El panamericanismo, su evolución histórica y esencia*, Moscú, Redacción de “Ciencias Sociales Contemporáneas”, 1982.

¹² José de San Martín, *Su correspondencia*, Madrid, Editorial América, 1919, p. 35.

muchos experimentaron ante la figura del Libertador no fue la única, pero sí una de las causas del fracaso del Congreso de Panamá y de la soñada confederación hispanoamericana.

TRADUCCIÓN Y EXILIO

Joseph Brodsky describió la condición del exilio como un “levar chanclas” en el que el exiliado debe “luchar y conspirar sin descanso para recuperar su significación, su papel de guía, su autoridad”.¹³ Todos los exilios del siglo XX —rusos y rumanos en París; irlandeses, italianos y judíos en Nueva York, españoles, chilenos y argentinos en México...— han sido epopeyas de sobrevivencia donde el inmigrante se familiariza con los dilemas de la sociabilidad y el reconocimiento. La historia hispanoamericana está marcada por múltiples modalidades de diásporas y exilios: desde esclavos africanos hasta trabajadores asiáticos, pasando por millones de europeos y estadounidenses que se involucraron en la construcción de las naciones del Nuevo Mundo, y millones de hispanoamericanos que se desplazaron a sus antiguas metrópolis.

Masivas o elitistas, las emigraciones no sólo han poseído un carácter épico, ligado a esa batalla por la aceptación de que hablaba Brodsky, sino una naturaleza lingüística, determinada por la necesidad de traducir entre diversas lenguas o dentro de distintas variantes de una misma lengua. Integrarse a la subjetividad de un país ajeno es, también, aprender a manejar su idioma y a trasladar mensajes de un entorno de significación histórica a otro. Durante la fundación de las repúblicas hispanoamericanas, eso fue lo que hicieron muchos intelectuales y políticos con las ideas ilustradas, republicanas y liberales que se producían en Europa y Estados Unidos.

El exilio y la traducción que, como ha visto Henry Kamen, han sido constantes en la historia cultural de España, se mani-

¹³ Joseph Brodsky, *Del dolor y la razón*, Barcelona, Destino, 2000, pp. 32-44.

festaron también en la fractura del imperio borbónico y la construcción de nuevos Estados nacionales sobre el territorio de los antiguos reinos y provincias coloniales.¹⁴ Para aquellos fundadores, huir del absolutismo castellano y refugiarse en Londres o Filadelfia fue tan común como luego sería escapar de caudillos y dictaduras latinoamericanas y asentarse en París o Nueva York. Entre 1810 y 1830, por poner como límite el año de la muerte de Simón Bolívar, los creadores de la Hispanoamérica moderna vivieron en una suerte de soberanía flotante, que migraba su residencia entre diversas capitales de la región o entre el Nuevo Mundo y el Viejo.

La tradición del exilio, en la época de la independencia, comienza, como han recordado Karen Racine y Jeremy Adelman, con el criollo venezolano Francisco de Miranda.¹⁵ Antes de su primera invasión a Venezuela, en 1806, Miranda había viajado por Europa, Gran Bretaña y Estados Unidos, y había tomado parte en la guerra de independencia de ese país y en la Revolución francesa. Con su impronta auestas, Miranda es el prototipo del ilustrado hispanoamericano que, en las últimas décadas del siglo XIX, se transforma de viajero criollo en “revolucionario trasatlántico”, para usar la expresión de Racine. Miranda, el viajero, el exiliado y el revolucionario, es la figura emblemática y, a la vez, fundadora de una cultura política atlántica en la que la oposición al absolutismo monárquico se convierte en una plataforma hemisférica que trasciende colonias, imperios, naciones y formas de gobierno. A partir de él, el arquetipo del exiliado se reproducirá en la historia intelectual y política del siglo XIX hispanoamericano.

José María Heredia, el gran poeta romántico de la América española, traductor de Chateaubriand y de Byron, se exilió de su

¹⁴ Henry Kamen, *The Desinherited. Exile and the Making of Spanish Culture*, Nueva York, Harper Perennial, 2008, pp. 136-212.

¹⁵ Karen Racine, *Francisco de Miranda: A Transatlantic Life in the Age of Revolution*, Wilmington, Scholarly Resources, 2003; Jeremy Adelman, “An Age of Imperial Revolutions”, *American Historical Review*, abril de 2008, pp. 319-340.

natal Cuba en 1823, vivió por breve tiempo en Nueva York y se estableció, finalmente, en México, donde murió en 1839. Otro de los grandes románticos hispanoamericanos, el caraqueño Andrés Bello, vivió en Londres entre 1811 y 1829, donde editó importantes publicaciones como *El Censor Americano* (1820), *La Biblioteca Americana* (1823) y *El Repertorio Americano* (1826). A partir de 1830 se instaló en Santiago de Chile, donde después de décadas de trabajo pedagógico, filosófico, jurídico y crítico, que incluyó la fundación y rectoría de la Universidad de Chile y la redacción del *Código civil de la República* (1856), murió en 1865.¹⁶

Gabriel García Márquez narró admirablemente los últimos días de Simón Bolívar, en el itinerario final por el río Magdalena, de Bogotá a Turbaco, Soledad, Barranquilla, Santa Marta y, finalmente, a San Pedro Alejandrino. El Libertador murió en medio de la dubitación de encabezar una nueva guerra de independencia contra los caudillos nacionales o exiliarse en Europa, desencantado de la nueva América y sus posibilidades de constituir un único país. En los últimos meses de su vida, Bolívar reiteró en cartas a diversos destinatarios una serie de frases que transmitían aquel desaliento ante la falta de consenso en torno a un modelo eficaz de organizar las repúblicas. Una de esas frases era: “la única cosa que se puede hacer en América es emigrar”.

Otro libertador, José de San Martín, héroe de las independencias del Río de la Plata, Chile y Perú, vivió exiliado en Bruselas entre 1824 y 1829 y, en 1833, se estableció definitivamente en París. El más importante prócer de la independencia en el Sur murió en 1850, en Boulogne sur Mer, reconocido no sólo por miembros de la generación del 37 como Alberdi y Sarmiento, quien alcanzó a visitarlo en Grand Bourg, sino por el principal enemigo de éstos: el caudillo Juan Manuel de Rosas.¹⁷ La correspondencia entre San Martín y Rosas comienza en 1838, cuando

¹⁶ Antonio Cussen, *Bello and Bolívar. Poetry and Politics in the Spanish American Revolution*, Cambridge, Cambridge University Press, 1992, pp. 73-144 y 145-178.

¹⁷ Beatriz Celina Doallo, *Exilio del Libertador*, Buenos Aires, Instituto de Investigaciones Históricas Juan Manuel de Rosas, 1997, p. 93-100.

el primero ofrece sus servicios al segundo para defender a Argentina en caso de guerra contra Francia, y termina poco antes de la muerte del Libertador en 1850.¹⁸

Muchos de los problemas simbólicos de la construcción de las repúblicas hispanoamericanas en las primeras décadas poscoloniales son legibles en esas cartas: el panteón heroico, la rivalidad entre caudillos, la guerra civil, el reparto de empleos públicos, el culto a los padres fundadores, las relaciones con las potencias atlánticas, la melancolía y el exilio.¹⁹ En una de las últimas cartas, de mayo de 1846, San Martín, que también había escrito frases de desaliento similares a las de Bolívar —“cuando uno piensa que tanta sangre y sacrificio no han sido empleados más que para perpetuar el desorden y la anarquía, se le llena el alma del más cruel desconsuelo”— recupera la fe ante la firmeza que cree ver en los argentinos que desafían las amenazas de Francia y Gran Bretaña: “los interventores habrán visto por este *échantillon* que los argentinos no son empanadas que se comen sin más trabajo que abrir la boca”.²⁰

En *El general en su laberinto* (1989), García Márquez reconstruye un diálogo virtual entre Bolívar y su “edecán cantor”, Agustín de Iturbide, hijo del general del mismo nombre que, al mando del Ejército Trigarante, consumó la independencia de México en septiembre de 1821. Iturbide, hijo de otro prócer exiliado —el emperador derrocado vivió entre 1823 y 1824 en Liorna, Italia, hasta que fue ejecutado en Padilla, Tamaulipas, cuando, como San Martín, intentaba ofrecer sus servicios a la defensa de la patria amenazada por la Santa Alianza— le dice a Bolívar: “tengo a nadie en México. Soy un desterrado”. A lo que el general responde: “Aquí todos lo somos [...] La vaina es que dejamos de ser españoles y luego hemos ido de

¹⁸ Juan B. Genta, ed., *Correspondencia entre San Martín y Rosas (1838-1850)*, Buenos Aires, Ediciones del Restaurador, 1950; Fermín Chávez, ed., *Correspondencia de San Martín y Rosas*, Buenos Aires, Theoría, 1975.

¹⁹ *Ibid.*, pp. 22-23 y 29-31.

²⁰ *Ibid.*, p. 40.

aquí para allá, en países que cambian tanto de nombres y de gobiernos de un día para otro, que ya no sabemos ni de dónde carajos somos”.²¹

Uno de los más perseverantes enemigos de Iturbide, fray Servando Teresa de Mier, figura central del republicanismo mexicano, pasó toda su vida entrando y saliendo de cárceles y exilios. Traductor de Thomas Paine, Mier, al igual que varios de sus contemporáneos, vivió en Londres y en Filadelfia, donde coincidió con otros republicanos hispanoamericanos (Torres, Rocafuerte, Vidaurre, Varela) que, como él, intentaban difundir en sus países las ideas de la república y el federalismo.²² Las colonias de exiliados hispanoamericanos, en Filadelfia durante los años veinte y en Nueva Orleans durante los cuarenta y cincuenta, realizaron una impresionante labor de traducción de textos republicanos y federalistas del inglés al castellano y del castellano al inglés. Esas traducciones se embarcaban hacia La Habana, Veracruz, Buenos Aires y otros puertos hispanoamericanos, y eran leídas por los actores políticos de la independencia.

El debate contemporáneo sobre la filosofía de la traducción, en autores como George Steiner, Paul Ricoeur y Umberto Eco, resulta pertinente para pensar aquella empresa de traducción doctrinal.²³ Mezclando ideas de los tres, la traducción del republicanismo atlántico y del federalismo estadounidense que realizaron aquellos exiliados fue, a la vez, un acto de comprensión, de interpretación y de negociación. Muchos de los conceptos políticos que aquellos hispanoamericanos encontraron en la tradición anglosajona poseían versiones propias en las ilustraciones mediterráneas e, incluso, en el liberalismo gaditano que algunos de ellos defendieron en la primera etapa de la guerra

²¹ Gabriel García Márquez, *El general en su laberinto*, México, Diana, 1998, p. 190.

²² Fray Servando Teresa de Mier, *Escritos inéditos*, México, INEHRM, 1985, p. 359.

²³ George Steiner, *Después de Babel. Aspectos del lenguaje y la traducción*, México, FCE, 2005, pp. 23-70; Paul Ricoeur, *Sobre la traducción*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 17-58; Umberto Eco, *Decir casi lo mismo. Experiencias de la traducción*, Barcelona, Random House Mondadori, 2008, pp. 292-324.

de independencia. La traducción de una a otra lengua y de una a otra filosofía fue un importante proceso de la historia intelectual de esas décadas.

UTOPIA Y DESENCANTO

Lectores de Colón, Cortés y Las Casas, de cronistas y evangelizadores de Indias, de tratadistas del neotomismo español y de filósofos de las ilustraciones francesa e italiana, los primeros republicanos de Hispanoamérica miraron sus sociedades a través del prisma de aquellas lecturas. Muchas visiones de Bolívar, Bello, Rocafuerte y Zavala sobre las comunidades indígenas, mestizas y negras de Hispanoamérica reproducían el imaginario racista y civilizatorio sobre América, construido por la Ilustración europea. Esos reflujos ilustrados en las élites letradas y políticas de los nuevos Estados nacionales generaron, en buena medida, la tensión entre utopía y desencanto que predomina en la documentación republicana.²⁴

El epistolario, las memorias y hasta las constituciones redactadas por aquellos fundadores transmitían esa doble condición. Por un lado, el acento regenerador de los discursos propició una multiplicidad de figuraciones utópicas: la promesa del Nuevo Mundo, la idea de Hispanoamérica como emporio, el impulso de alcanzar y rebasar en pocos años la prosperidad de Estados Unidos, la búsqueda del gobierno perfecto, las comunidades ideales de las colonias migratorias, la confederación de Estados soberanos y libres. Pero junto con la idealización de la voluntad regeneradora actuaba un diagnóstico sombrío sobre la constitución moral de la ciudadanía hispanoamericana y el peso de la herencia colonial y absolutista de la monarquía católica.

Andrés Bello fue uno de los primeros en advertir que aquel malestar en la cultura republicana estaba motivado, en buena

²⁴ La tensión conceptual entre “esperanza” e “ilusión” en la modernidad ha sido explorada por Claudio Magris en los ensayos que conforman *Utopía y desencanto*, Barcelona, Anagrama, 1999.

medida, por los reflujos de la Ilustración. En sus observaciones sobre la monarquía de julio francesa, de 1830, Bello, al igual que Heredia desde México, sugería que para que la “experiencia de la generación pasada” no se perdiera “para la presente”, era necesario “caminar progresivamente a la perfección del sistema social, esto es, al orden asociado con la libertad”.²⁵ En ese “caminar progresivamente”, que Bello vio encarnado en el Chile de Portales, se encontraba una prevención contra los reflujos ilustrados que el republicanismo traducía bajo múltiples formas constitucionales. Ya en un comentario sobre la *Colección de los viajes y descubrimientos* de Martín Fernández de Navarrete, en el *Repertorio Americano*, Bello llamaba a controlar los entusiasmos:

No es, como algunos piensan, el entusiasmo de teorías exageradas o mal entendidas lo que ha producido y sostenido nuestra revolución. Una llama de esta especie no hubiera podido prender en toda la masa de un gran pueblo, ni durar largo tiempo en medio de privaciones, horrores y miserias, cuales no se han visto en ninguna otra guerra de independencia. Lo que lo produjo y sostuvo fue el deseo inherente a toda gran sociedad de administrar sus propios intereses y de no recibir leyes de otra, deseo que en las circunstancias de América había llegado a ser una necesidad imperiosa.²⁶

Sin embargo, en los años veinte y treinta, la mayoría de los republicanos creyó en el alcance rápido de un gobierno perfecto, parecido a la constitución histórica de sus pueblos, que regeneraría en poco tiempo las comunidades hispanoamericanas. El resultado de esa ingeniería constitucional fue, en buena medida, un sentimiento melancólico entre los fundadores de las nuevas repúblicas que reforzó aún más los elementos autoritarios y cesaristas de los primeros gobiernos. Hacia 1837, Bello observaba

²⁵ Andrés Bello, *Obras completas. Temas de historia y geografía*, Caracas, Ministerio de Educación, 1957, t. XIX, pp. 98-99.

²⁶ *Ibid.*, p. XVI.

con tristeza que poco a poco se imponía una “filosofía moral y política” que manejaba dos alternativas fatales: “o que los sudamericanos han sido condenados por el cielo a un pupilaje eterno, o que hubieran sido más capaces de gobernarse a sí mismos continuando otro siglo en la peor de todas las escuelas en que un pueblo ha podido hacer el aprendizaje de la existencia política”.²⁷

La melancolía, esa enfermedad del alma monárquica o imperial que Roger Bartra ha rastreado en tradiciones tan diversas como el Siglo de Oro, el nacionalismo mexicano y la filosofía moderna, también era sufrida por los forjadores de las repúblicas hispanoamericanas.²⁸ Con la ineludible certidumbre de que repúblicas fundadas bajo el signo del desencanto estarían llamadas a experimentar un devenir atribulado y confuso. El discurso de la frustración y las prácticas cesaristas dejaron un cuantioso legado intelectual y político en la historia hispanoamericana de las dos últimas centurias. Sus efectos todavía se sienten en la primera década del siglo XXI, interrogando el sentido fundacional de aquella gesta.

²⁷ *Ibid.*, p. 114.

²⁸ Roger Bartra, *El duelo de los ángeles. Locura sublime, tedio y melancolía en el pensamiento moderno*, México, FCE, 2005, pp. 119-167.